

LA EDAD DE ORO LIBERAL: MEMORIA E HISTORIA DE LA *CULTURA NACIONAL ESPAÑOLA* (1875-1936)¹

IGNACIO PEIRÓ MARTÍN

UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

¡Figúrate, un país donde don Fernando [Giner de los Ríos] [sic]
y don Julián [Sanz del Río] son subversivos!

Manuel Tuñón de Lara a Max Aub
(30 de octubre de 1970)²

Max Aub escribió que es «inútil intentar olvidar que durante el siglo XIX los escritores españoles en su gran mayoría han hecho política activa». Cuarenta años después de redactar aquellas líneas en un texto inconcluso que pretendía ser una historia política del surrealismo español (Buñuel, Dalí y «un cacho de Pablo Picasso»)³, he querido traer la frase a este pórtico para recordar un período de la historia de España durante el cual la cultura se hizo política en sus formas de entender y explicar el mundo. Un tiempo de «imaginación ideológica» donde las premuras de toda la intelectualidad liberal (o que de ese modo se consideraba) giraban en torno al problema nacional tal como lo plantearon los hombres del 98 y tal como fue desarrollado por los representantes del grupo de 1914, la generación de la República o la «segunda generación del siglo» —la «B»—, según la teoría orteguiana de 1923 (palabra que el gusto tal vez excesivo por las cartografías generacionales de los historiadores actuales mantiene y

1 Este artículo se integra dentro del Proyecto de Investigación HAR2012-31926, *Representaciones de la Historia en la España Contemporánea: Políticas del pasado y narrativas de la nación (1808-2012)*, del Ministerio de Economía y Competitividad.

2 AUB y TUÑÓN (2003), pág. 471.

3 AUB (2013 [1985]), págs. 301 y 342-343.

amplía con la llamada «generación de la Dictadura», o «de la libertad», o «neorromántica», o directamente «Generación de 1930»⁴.

A partir de aquí, me he servido de la cita para hacer girar la trama del capítulo alrededor del momento-bisagra que significó para la *cultura nacional española* el resultado de la guerra civil de 1936-1939. De entrada, para establecer la ruptura traumática con aquellos tiempos de vísperas que fueron la década de 1920 y los años reformistas de la Segunda República española⁵. Y después, para abocetar el atlas sentimental de una *cultura nacional* dispersa por el inmenso territorio de un exilio infinito, cuyas experiencias alcanzan las biografías de los desterrados hasta las mismas puertas del siglo XXI. Y es que, dejando de lado la geografía interior de la España franquista, la mirada de los otros españoles y el reconocimiento de las culturas políticas en las que se criaron, permite establecer el nexo con la realidad y su representación.

En todo caso, los temas aquí tratados deben leerse como una continuidad de los expuestos en un ensayo en el que he tratado de construir la historia de la institucionalización de la cultura liberal decimonónica. Una versión de Estado cultural regido, en principio, por un jerarquizado sistema académico de saberes que alcanzó la plena consolidación «oficial» durante la primera Restauración canovista⁶. En muchos sentidos, este modelo de cultura nacional encontró su prolongación crítica con la Gran Guerra europea y con el protagonismo adquirido hasta 1936 por los científicos e intelectuales que habían abierto nuevos caminos y establecido sus disidencias con el sistema de la Monarquía desde principios del Novecientos⁷.

POR UNA SENDA CLARA: EXPERIENCIAS, SENTIMIENTOS Y MEMORIA DE LOS ESPAÑOLES FUERA DE ESPAÑA

En efecto, sin estar libre de la estereotipación reductora y lejos de haber seguido una evolución lineal, la realidad de la *cultura nacional española* se había ido construyendo a lo largo de casi un siglo y medio en el espacio de expectativas regido por la búsqueda de una configuración unificada de la patria que nunca llegará a concretarse en una forma definitiva ni cerrada (más allá de sus diferentes formulaciones jurídicas y ordenaciones burocráticas estatales). En el marco del nuevo orden social, político y económico liberal, lo hizo proyectán-

4 MORENO SANZ (1996), pág. 19.

5 MAINER (2006).

6 FUMAROLI (2007).

7 PEIRÓ (2010) y (2014).

dose, a la vez, como un concepto-matriz cuyo proceso de categorización se fundió sobre el crisol del pluralismo de las creencias nacionales y las dinámicas generadas por la interrelación de las diversas culturas políticas (burguesas y obreras), las convenciones simbólicas y la ilusión integradora de la cultura española (con sus escuelas literarias, artísticas o historiográficas)⁸. Pero, también, mediante la decantación de los materiales vertidos en el recipiente de los conflictos y las tensiones permanentes provocadas por el antagonismo de las ideas, las disensiones internas acerca del presente y el futuro de la comunidad nacional, las sinrazones de la alteridad, el principio de *subsidiariedad* y las imágenes parciales, el doctrinarismo sectario y el enfrentamiento secular entre las dos Españas.

En este sentido, el desarrollo de la *cultura nacional española* cuyas raíces crecen en la centuria decimonónica fue el resultado de diversas influencias, de ingredientes propios y de lo sucedido en otros países europeos. Y todo eso nutrido a partir del gran cambio de 1900, de su compleja intersección con los lenguajes de la modernidad y la puesta en marcha de un vocabulario político-cultural que se llenó de contenidos y significados en las tres primeras décadas del siglo XX, con palabras como *crisis*, *patriotismo*, *nación*, *regionalismo*, *casticismo*, *civilización*, *modernidad*, *científico* e *intelectual*. Sin olvidar, por supuesto, el conjunto de términos vinculados al *alma española*, la *regeneración* y el *reformismo*; ni tampoco, los tres *antis* que, como certeramente ha señalado José-Carlos Mainer, asomaron con el nuevo siglo como crítica al sistema desde las filas de la cultura (de los profetas sociales que impulsaron la regeneración y de los jóvenes intelectuales radicales)⁹. En adelante, el *anticaciquismo*, el *antimilitarismo* y el *anticlericalismo* sirvieron de consigna para la socialización entre las masas urbanas (y a veces campesinas) de una serie de actitudes, creencias y valores de naturaleza republicana, en el más amplio sentido de la palabra (y no solo de adhesión a un régimen).

Tendrá que llegar 1939 para que la cultura política del franquismo terminara contaminando y manejando la noción hasta transformar su nombre y vaciarla de contenidos. En las siguientes cuatro décadas, se impuso la definición unívoca de la *cultura de la nación de España* como resultado del proceso de fascistización del Estado y la imposición de unos valores religiosos y premisas ideológicas únicas sobre todos los demás. Pero antes de que el terrible acoso y

8 PORTUS (2012) págs. 129-223; MAINER (2000b) y (2010); ALONSO (2010); PEIRÓ (2006); ÁLVAREZ JUNCO (2013).

9 MAINER (1997), pág. 30.

derribo sucediera, las experiencias de la Guerra Civil ayudaron a renovar el veneno de sentimientos y recuerdos que alimentaban las representaciones de la *cultura nacional española* entre quienes creyeron en la viabilidad de la República y vivieron su defensa agónica ante las tropas fascistas (simbolizada en la visión final del *Monumento Pro-Ejército Popular*, la enorme figura del soldado antifascista, emplazada en febrero de 1937 en la plaza de Cataluña de Barcelona)¹⁰.

Y así, dentro de la enorme complejidad social y política de los grupos que salieron hacia el exilio (liberales, republicanos, comunistas, socialistas o sindicalistas): «daba la sensación —escribió María Zambrano— de que todos se habían ya olvidado un poco de a qué partido pertenecían, sumergidos en una solidaridad profunda, forjada en varios meses de común angustia, en la hazaña entre todos realizada». Tras proclamar la utilidad política del viaje en su educación sentimental («Fue desde América cuando descubrí España»), el testimonio de la filósofa de la tragedia que, en mayo de 1937, regresaba en barco desde Santiago de Chile, representa el repunte de las emociones patrióticas que se extendieron entre los futuros desterrados («Españoles fuera de España»): «hemos sabido lo que esa bandera hoy significa [...], sintiendo la verdad tangible y real, la evidencia que nada podrá destruir, de que nuestro pueblo lucha por todos los pueblos del mundo y que ellos lo saben»¹¹. Algo parecido experimentó el «miliciano de la cultura» José Moreno Villa según confesó al que, muchos años después, sería reconocido como el «gran poeta de nuestras Américas», el guatemalteco Luis Cardoza y Aragón, en una entrevista publicada en *El Nacional* de México¹².

De otro lado, como ocurriría con otros muchos compañeros transterrados sobrevivientes para la historia y la escritura testimonial, el institucionista Joaquín Xirau narrará con emoción el *vía crucis* de Antonio Machado hasta su muerte en Colliure. Construido con los recuerdos personales de los últimos días pasados al lado del poeta sevillano, el tiempo convertirá *Por una senda clara* en una especie de texto fundacional de la historia cultural de los intelectuales del destierro¹³. Ya en México, el filósofo admirador de Cossío y entusiasta de la nueva Cataluña, descubrió, como solía decir a su hijo, «la verdadera España (la de Vives, Lulio, Las Casas), los teólogos españoles de los siglos XVI y XVII, los humanistas españoles en general»¹⁴. Por su parte, el librepensador aragonés

10 WECHSLER (2005), págs. 271-273.

11 ZAMBRANO (2014), págs. 241, 243, 247, 1144 y 1147.

12 MORENO VILLA (2011), págs. 327-328.

13 XIRAU (1998), citado por CATE-ARRIES (2012), págs. 54-55.

14 ABELLÁN (1976), pág. 161; SERRANO MIGALLÓN (2010), pág. 120; SERRA (2013), págs. 101-110.

Odón de Buen, padre de la oceanografía española y personalidad de renombre universal —traído a estas páginas como ejemplo de los grandes científicos que salieron de España—, comenzó a redactar sus memorias en el exilio francés a los 76 años para dejar «ejemplo de una lucha tenaz, sostenida para bien de España»¹⁵. Y, entre tanto, José Castillejo, secretario perpetuo de la Junta para la Ampliación de Estudios y alma de la Institución Libre de Enseñanza en su última etapa, impartía conferencias y, en Londres, publicaba *Guerra de ideas en España* con la intención de dar a conocer la historia española y la tragedia que la asolaba, participando a su amigo Joan Pijoan sus ideas sobre las posibles soluciones políticas al conflicto («Mi salvavidas federal tiene ahora más adeptos [artículos en prensa y adhesión de catalanes y vascos]...»)¹⁶.

Nada nuevo en el horizonte de la política y la cultura republicana. En septiembre de 1932, las Cortes habían aprobado el Estatuto de Cataluña, siendo el reformista Azaña uno de los principales artífices de un texto que, acompañado por los estatutos de autonomía de las otras regiones, clausuró, momentáneamente, uno de los problemas que cuestionaron el Estado liberal desde los tiempos del *Desastre*. Utilizando la razón derivada de la historia, el presidente del Gobierno, que había comenzado a creer en la estrella de la República, consideraba que era preciso remontarse a otra tradición, que no era la jacobina, sino la del «gran Estado español del Renacimiento», no para realizar «una política de arqueólogos sino de hombres modernos» que recuperen la tradición de los diferentes Estados españoles en un nuevo Estado español¹⁷.

En gran medida, las opiniones de los castellanos Azaña y Castillejo las compartía el primer rector de la Universidad Autónoma de Barcelona, Pere Bosch Gimpera, como expresó con claridad en su conferencia impartida, en febrero de 1937, en la Universidad de Valencia, titulada «España» («en respetuoso homenaje al Presidente de la República española D. Manuel Azaña»)¹⁸. En la tesis sostenida por el catedrático barcelonés acerca de una España plural (construida sobre la cooperación de los pueblos hispanos a «una obra comuna fraternalment i sense hegemonia»), convergían el conglomerado de hipótesis y corrientes periféricas progresistas, republicanas, federalistas, iberistas y democráticas que, en la medida de sus posibilidades, habían nutrido la *cultura*

15 BUEN (2008), pág. 18; LÓPEZ SÁNCHEZ (2006b), págs. 177-239; DOSIL MANCILLA (2010), págs. 255-256; RODRÍGUEZ LÓPEZ (2012).

16 CASTILLEJO (1999), págs. 691-692; CASTILLEJO (1976); MONFERRER (1999) y (2008), págs. 158-165; NIÑO (2007), pág. 237.

17 AZAÑA (2010); JULIÁ (2008), pág. 302.

18 BOSCH-GIMPERA (2000), págs. 341-367; GRACIA ALONSO (2011), págs. 472-476.

nacional española a lo largo del XIX. Pero, sobre todo, estaban en la línea de las ideas de complementariedad y apoyo para la *redirección* (*redreç*) de España defendidas desde la época de Víctor Balaguer por ciertos sectores del catalanismo cultural (frente a la rivalidad como afirmación identitaria y creencia ideológica proclamada por los diversos grupos inmersos en la cultura política catalanista surgida a principios del Novecientos).

En la capital mexicana, Bosch Gimpera formó parte de la junta de gobierno de la nueva revista *Cuadernos Americanos* (junto a Eugenio Imaz, José Carner o Agustín Millares Carlo), creada sobre los restos de la *España Peregrina* (auspiciada por los poetas León Felipe y Juan Larrea) y el apoyo incondicional de Alfonso Reyes, presidente del Colegio de México, y Jesús Silva Herzog, director de la Escuela Nacional de Economía¹⁹. En sus artículos y conferencias, el autor de la magistral *Etnología de la Península Ibérica*, siguió insistiendo en la existencia de las múltiples Españas. Por ello, a la vez que reclamaba un análisis histórico republicano sobre el pasado hispano, proponía una nación española en la «que se reconozcan, desde la pluralidad, tanto los países que creó y que luego se independizaron —aquellos, por otra parte, en los que ahora se encuentran asilados los mejores hijos de la patria— como los pueblos que la componen en el interior», al mismo tiempo que reivindicaba «en la herencia liberal la adscripción a los valores ilustrados de la razón y el librepensamiento»²⁰. Un redescubrimiento de los valores de la tradición liberal y los del hispanoamericanismo republicano-popular como componentes integradores de la *cultura nacional española* que habían sido cultivados, en plena Guerra Civil, por el indianista valenciano y subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública y Sanidad, José María Ots-Capdequí²¹.

En sus viajes de ida y de vuelta por el Atlántico hasta 1939, las opiniones acerca de la búsqueda en el Nuevo Mundo de un «aglutinante» cultural para la modernización de una España (*madre de naciones*) mediante el fortalecimiento del «espíritu de la raza» hispana, se habían integrado en el argumentario económico e intelectual del liberalismo reformista e institucionista de principios de siglo. Y, en tal sentido, Frederic Rahola y Rafael Vehils se empeñaron en fomentar las relaciones comerciales desde la Casa de América de Barcelona (fundada en 1909), e insistiendo también en la eficacia de una propaganda por el

19 SILVA HERZOG (1975), págs. 246-248.

20 DUARTE (2009), págs. 275-281; BOSCH GIMPERA (2003).

21 NÚÑEZ SEIXAS (2006), pág. 86; DUARTE (2009), pág. 276; PESET (1992); SERRANO MIGALLÓN (2010), págs. 126-129.

sentimiento, veían la «organización de la España moderna [...] a partir de Barcelona —lugar de tránsito en el Mediterráneo— como contacto, como puerta entre los dos mundos»²². En junio del último año citado, el maestro de los indianistas hispanos, Rafael Altamira, había declarado a la prensa madrileña sus ideas «panhispanistas» como el aspecto principal de la misión patriótica que le llevaba a iniciar su primer periplo americano²³. Ninguno de los dos últimos personajes lo sabía, pero veinte años después tanto el empresario barcelonés superviviente como el catedrático alicantino terminarían en el exilio americano (el compromiso nacional de este último permaneció para siempre como un principio inherente a su naturaleza de «historiador español»)²⁴.

Por otro lado, siendo obvio que los representantes de los distintos gremios culturales, científicos y profesionales, fugitivos políticos de Franco, «no fueron españoles de la misma forma que sus antecesores de los siglos anteriores». También lo es que, tanto su hipotética «españolidad» como el amplio campo de significados y símbolos asociados con la *cultura nacional española*, mantuvieron su arraigo y aceptación social sin mayor expediente como demuestra la persistencia de las tentaciones identitarias y convicciones de pertenencia en sus discursos, compromisos políticos e intercambios intelectuales. Al cabo, según ha explicado Calvo Serraller para el caso del «anarquista ibérico» Pablo Picasso, sus fuentes artísticas nutricias «no fueron evidentemente solo españolas, pero, sin ser exclusivas ni excluyentes, existieron y resultan palpables». Y aunque llegó a ser clasificado como un *French painter, born in Spain*, pues pasó más de las tres cuartas partes de su larga vida fuera de España (no pisó territorio español entre los cincuenta y cuatro y los noventa y dos años), «nadie que le conociera mínimamente bien dejó de ser consciente de su ser y sentirse español» y «su forma artística de comportarse tuvo una esencial raíz española»²⁵. Una interpretación, sin duda, que cabe extender a las sucesivas constelaciones de intelectuales emigrados que se sucedieron entre 1939 y 1975. Y cuyas representaciones colectivas podemos rastrear en el conjunto de valores —emocionales, cívicos o caracterológicos— que la pluralidad de las culturas políticas sobrevivientes en el destierro siguió identificando con España y lo español²⁶.

22 RODRÍGUEZ (2004), pág. 73.

23 PRADO (2010), pág. 17, y (2008), pág. 73; MARCILHACY (2010), págs. 271-286.

24 PEIRÓ (2013a), págs. 85-117; MARICHAL (1952), pág. 23; MALAGÓN BARCELÓ (1976).

25 CALVO SERRALLER (2013), págs. 20, 112-120, 134-155 y 143; FUENTES (2002), págs. 172-173.

26 DREYFUS-ARMAND (2000), págs. 263-284 y 401; CATE-ARRIES (2012), pág. 49; DUARTE (2009), págs. 236-237.

Todo esto es conocido y se ha tratado de manera tan exhaustiva, que me excusa de tener que repetirlo. En cualquier caso, si resulta difícil negar que la *cultura nacional española* pervivió como un componente nuclear de las culturas políticas de los transterrados, nadie duda tampoco de que un puñado de intelectuales del colectivo de españoles fuera de España, fueron unos adelantados en reivindicar el sentido de la continuidad de los componentes culturales establecidos en el horizonte del liberalismo²⁷. Al fin y al cabo, muchos de los «españoles del éxodo y del llanto», como los llamó León Felipe en 1939²⁸, mantuvieron para siempre el convencimiento ético y moral de que, «culturalmente, la República vive y alienta hoy, como vivía y alentaba entonces. Franco ganó la guerra en el campo de batalla, pero la perdió en el campo de la cultura»²⁹.

GUERRA DE IDEAS EN ESPAÑA: CULTURA NACIONAL FRENTE A CULTURA DE LA NACIÓN

En la distancia, lo político se hizo cultura primero e historia después. Curiosamente, esta metamorfosis se concretó entre quienes durante sus años de vida en el territorio español habían establecido las mayores diferencias con la «España oficial» (la de los políticos liberales y la cultura académica de la Monarquía restaurada) y señalado la separación real existente con la «España viva» que ellos creían representar³⁰. Y es que, de entrada, los hombres de letras y de ciencias del exilio se consideraban continuadores de aquellos intelectuales precursores que inauguraron el Novecientos y habían sido, en su mayoría, liberales progresistas, racionalistas y laicos (aunque casi nunca demócratas). Críticos con el sistema, su repudio se extendía a cuantos «en la literatura, en el arte y la política», personificaban la España de la «gente vieja», de las falsas reputaciones académicas, de los intereses creados y, por extensión, de los denominados «años bobos» del último cuarto del siglo XIX³¹. Conforme pasaban las décadas de 1910 y 1920, fueron republicanos e institucionistas, seguidores y discípulos de Ortega. Personajes convencidos del protagonismo cada vez mayor del pueblo español «gobernado», sus lecturas del pasado seguían siendo

27 PÉREZ GARZÓN (2000), págs. 104-105.

28 FELIPE (1939).

29 RUIZ (1991), págs. 241-242; RODRÍGUEZ BRAVO (2006).

30 ZAMBRANO (1937), pág. 18, y (1998), págs. 88-122.

31 CALVO CARILLA (1998), págs. 151-153; MAINER (1997), pág. 32; JULIÁ (2004), págs. 103-274; OUIMETTE (1998).

de «matriz estrictamente liberal»³². A su lado, entre los creadores y movilizados de la opinión pública de la España del momento también hubo socialistas. Creyentes en la lucha de clases y en el dominio político de las masas en el marco de los diferentes Estados nacionales, desarrollaron una «cultura histórica alternativa» que participaba de la conciencia histórica española construida en el ámbito cultural del liberalismo. Y esto alcanzaba al puñado de intelectuales libertarios, propagandistas y escritores de brega, que se movían en las periferias de los medios de la inteligencia nacional (incluidos los anarquistas que veían España como un mero espacio geográfico y a su Estado como algo llamado a desaparecer)³³.

A partir de 1939 el camino para los «alrededor de cinco mil [...] intelectuales emigrados» (según calculó con amplitud conceptual Fernando Vázquez Ocaña, el socialista director de *La Vanguardia*, desde finales de 1937 hasta que el Gobierno de la República abandonó Barcelona)³⁴, quedó abierto para la vida en el exilio y la amarga memoria de la «perversión que ha hecho posible la catástrofe española». Atados a tantos recuerdos de la guerra, a estos «españoles herejes» les resultó difícil olvidar a los vencedores: los «nacionalistas» que habiendo «establecido el estanco del patriotismo y poseían título oficial de defensor de la patria», «se avergonzaban íntimamente de ser españoles, porque en España no había esa exhibición lujosa de fuerza y violencia que era el fascismo. Antes que españoles eran... fascistas y su pertenencia a España estaba condicionada». Y menos aún echaron al olvido las actuaciones de sus antiguos compañeros de Facultad, algunos catedráticos en las universidades de Franco como el titular de *Lengua y literatura españolas* de Murcia, Joaquín Entrambasaguas, que en «nombre de lo nacional», no dudó en denigrar a la JAE y a sus profesores, ni tampoco en enseñar «a la juventud a odiar a los hombres por los que España en su aislamiento moderno había trascendido al mundo»:

Al finalizar la conferencia, y después de haber recalcado a lo largo de ella el carácter nacional (¡naturalmente!) de Lope de Vega, arremetió, sin venir a qué, contra los escritores de la generación del 98, diciéndoles a los muchachos, que como a profesor le escuchaban, que tenían que odiar y barrer por antinacionales y antipatriotas a todos los intelectuales de esa generación y a otros que seguían...³⁵.

32 DUARTE (2009), págs. 369 y 74-90.

33 ÁLVAREZ JUNCO (1991), pág. 106.

34 VÁZQUEZ OCAÑA (2007), citado por PERICAY (2013), pág. 362.

35 ZAMBRANO (1998), págs. 118, 99 y 119; ENTRAMBASAGUAS PEÑA (1938), págs. 50-51, citado por SÁNCHEZ SÁNCHEZ (2012), pág. 18.

Mientras tanto, la mística nacionalista del franquismo —como el fascismo italiano o el nacionalsocialismo alemán, nunca puede ser definido como una forma de *cultura nacional*— decretó la *damnatio historiae* contra el liberalismo en general, considerado un pecado, el único responsable de la guerra y la máxima representación de la *Anti-España*³⁶. Francisco Franco dictó la orden de proscripción de acuerdo con lo predicado por la montaraz Iglesia decimonónica y las furiosas creencias de Falange, el otro gran campo de la España totalitaria. Sin embargo, lo peor fue que en esos mismos términos lo reconocieron muchos de quienes llevaban toda su vida pública pasando por liberales. La guerra les hizo doblar las rodillas ante el Caudillo triunfante, rechazando las sombras del sueño republicano (aquel que, en palabras de Azaña, representaba «la reanudación de una gran tradición española, de una tradición liberal, de una tradición popular»)³⁷. Y les llevó a abdicar, definitivamente, de los principios doctrinales de una cultura política que consideraba la impronta de la «convivencia de las ideologías y tendencias, bajo el signo común de la patria»³⁸.

Todo lo cual quería decir, por modo paradójico, que la *cultura de la nación de España* de la nacionalista dictadura del general Franco fundaba su unidad en la retórica de la tradición y en la historia, pero, por encima de todo, en la exclusión de los enemigos. Y siendo evidente que estos fueron los *otros* españoles —los vencidos—, en el campo cultural, la violencia de Estado de los vencedores se plasmó en la brutal destrucción de las imágenes simbólicas, la abolición de las producciones intelectuales y la proscripción de las culturas políticas de la España contemporánea. En los propósitos excluyentes de los perdedores, esta ruptura iconoclasta con el inmediato pasado español supuso la amnesia inducida de las *otras* formas de pensar la historia de la nación. Y significó, hasta bien entrados los años sesenta, la creación de un clima intelectual irrespirable, un espacio cultural autárquico y un purgatorio donde los historiadores y, en general, los catedráticos de las Universidades franquistas vivieron su cotidianeidad acomodados a su condición de «pequeños dictadores»³⁹.

Dominado por el miedo a la palabra y las capitulaciones personales, en el presente perpetuo de la dictadura, el exilio se siguió viendo como algo extraño, un lugar del desarraigo y la difuminación. No obstante, la existencia de unas cuantas «almas excepcionales» que surgieron en los espacios de libertad gene-

36 PEIRÓ (2008), pág. 16, nota 12.

37 Citado por FUENTES y FERNÁNDEZ SEBASTIÁN (2002), pág. 428.

38 MAURA (2007 [1962]), pág. 452.

39 PEIRÓ (2013a), págs. 14 y 178-179, y (2013b).

rados dentro de la dictadura (fundamentalmente las cátedras universitarias)⁴⁰. No obstante, la difusión entre ciertos minigrupos académicos y ambientes culturales del afán redentor y el *talante moral* de los «comprensivos». Y, no obstante, las comunicaciones familiares y correspondencias cordiales que, salvando la censura política e intelectual, se dieron entre viejos o jóvenes amigos, colegas y discípulos. Pese a todo esto, conviene recordar que los primeros trabajos sobre el pensamiento del exilio publicados en las revistas del interior por los autodenominados «intelectuales del *diálogo* y la *paciencia*»⁴¹ se vieron mediatizados, en verdad, por las interferencias políticas del régimen (solo más adelante se unirán a los relapsos y los arrepentidos para mostrar títulos y genealogías de *inteligencia* «liberal» durante el franquismo). Pero, sin ninguna duda, estuvieron limitados por la ambigüedad ideológica (que nunca se permitía cuestionar la figura del Caudillo, ni los principios del sistema dictatorial) y por el carácter híbrido de su situación en el espacio de la *cultura de la nación de España*.

A partir de aquí, aunque resulta difícil dudar de la indudable buena fe de unos pocos, no es menos cierto que las miradas hacia fuera de «los de casa» y su «afán de comprensión de “los otros”» (con toda su filosofía cristiana y humanista, falangista y orteguiana, que se quiera), desprenden un tono de autosuficiencia y, por momentos, respiran el aire del convencionalismo condenatorio o la alusión displicente. A fin de cuentas, en la «España cautiva», además de la segregación de la *cultura de la nación* de los vencedores, se mantuvieron los incendios sobre la tierra quemada de la *cultura nacional* que representaban las posturas «recalcitrantes e intransigentes» de los intelectuales «rojos». Marcados por la extraterritorialidad y el nomadismo, según escribía el «comprensivo» director de la revista *Índice de Artes y Letras* en un pionero comentario de la novela *Campo abierto* de Max Aub (julio de 1952), a los escritores exiliados se les debía ilustrar acerca de las verdaderas causas del conflicto de 1939 (fundamentalmente, «la herida abierta en la conciencia religiosa de España por los enemigos de la fe»). Y sobre esa cuestión, Juan José Fernández Figuerola no admitía discusión alguna: la creencia católica era la síntesis del alma popular española, por lo que, «el ataque a esta fe dibujó desde el principio el mapa moral de las fuerzas en guerra y rompió a España en dos»⁴².

Después de todo, «entiéndase bien, tampoco se trata, en último término, de que a los hombres cuya situación consideramos les esté *prohibido* regresar.

40 MARÍN (2006), pág. 134, nota 61, y (2012).

41 ARANGUREN (1953), pág. 123.

42 Citado por LARRAZ (2009), pág. 215.

Todos, o casi todos, podrían hacerlo a estas alturas. ¿Podrían hacerlo?», se preguntaba el católico José Luis López Aranguren en la revista del Instituto de Cultura Hispánica, para acto seguido, responderse a sí mismo: «Ese es justamente su drama: que *quieren* y no *pueden volver*, porque están divididos en su deseo; porque algo muy fuerte les tira hacia acá y, al propio tiempo, les frena, les inhibe, les retiene». A los efectos, los comentarios sobre los valores de las obras de los extrañados de la patria, casi siempre cargados de prudencia y matices cuando se trataba de reconocer la «situación del destierro» («que conduce, muy derechamente, a una visión, desgarrada, partida, rota, de la realidad española») o el hecho de que, «los emigrados se consagran a la valoración del sentido de nuestra historia y, por ende, de las grandes figuras españolas», se trocaban en «censura» al considerar su «postura actual» respecto a la Guerra Civil.

En ese orden, el feliz rentista madrileño que preparaba su meritoriaje para la cátedra de Ética de la Universidad Central, estableció una categorización de los exiliados de acuerdo con su evolución desde la contienda, distinguiendo tres posiciones: en primer lugar, «los que persisten, imperturbables, en su ánimo beligerante» (León Felipe y Max Aub, principalmente). Entre los segundos situaba a los «moderados» Sánchez-Albornoz y Madariaga, «los cuales reconocen los “trágicos errores” del régimen republicano y piden la reconciliación, la tolerancia, la paz entre todos los españoles». Y, en tercer lugar, entendía que las interpretaciones de Francisco Ayala y Américo Castro eran las de mayor interés al entrecruzar dos temas distintos en el planteamiento del problema: «la interpretación de la guerra civil y la interpretación de España desde la guerra civil, desde su experiencia»⁴³. Por supuesto, Aranguren no fue el único de los mandarines del franquismo en pronunciarse sobre los intelectuales transtrados y hacer «propaganda del Régimen como benefactor de la cultura», valorando «los “esfuerzos positivos”, precedentes asimismo del Estado y enderezados a remover los obstáculos de la vida intelectual». Ni tampoco había sido el primero en asociar la crítica literaria, artística o de pensamiento con referencias extratextuales y, más concretamente, con la dimensión política y humana de los autores⁴⁴.

En los números de enero y febrero de 1953, Francisco Ynduráin publicó en *Arbor* (la revista oficial del Consejo Superior de Investigaciones Científicas), y en *Doncel* (órgano del Frente de Juventudes del Distrito Universitario zarago-

43 ARANGUREN (1953), págs. 130, 124, 136, 145 y 151-152.

44 LARRAZ (2010), pág. 723, y (2009), págs. 165-190 y 209-218.

zано), dos reseñas dedicadas, casi en exclusiva, a Arturo Barea, «nuestro único escritor nacido a las letras en el destierro»⁴⁵. En la primera, el vicedecano y catedrático de Lengua y Literaturas españolas de la Facultad de Letras de Zaragoza, justificaba su interés por el autor de *La forja de un rebelde* por la curiosidad de «ver las reacciones de un exiliado español después de la guerra, pasados ya bastantes años y muchas cosas dentro y fuera de casa, cuando podíamos esperar una superación de la pugnacidad y del hervor apasionado» y por el deseo de conocer su «posición respecto a lo español». Después de avanzar su propia tipología de los hombres de letras del destierro (de acuerdo con sus grados de «sentimiento patrio» y coincidencias en «un amor trascendido a la indeclinable España»), los juicios sobre las obras de Barea (excepción del breve comentario elogioso a *La forja*, primer tomo de la trilogía, que «tiene un afán de verdad y de buscar un sentido a la vida más allá de la lucha»), serán tajantes, descalificatorios y debeladores de un novelista que había «renunciado a su ciudadanía política y espiritualmente». En último término, el crítico navarro que había sido discípulo de Unamuno en la Salamanca de preguerra (utilizó su idea del «resentimiento trágico» para aplicarla a Barea)⁴⁶, explicitará todo su repudio hacia el escritor nacionalizado británico en las últimas palabras con las que terminaba su acre comentario a *The Broken Root*: «dolido por el sentimiento de ver hasta qué punto un español era capaz de denigrar a su patria...»⁴⁷.

En cuestiones de estilo, la crítica británica calificó *La raíz rota* como desafortunada por tratarse de una novela cuyos valores literarios quedaban oscurecidos por la propaganda política antifranquista; pero ninguna de las reseñas dudaba de la «españolidad» de un autor que había alcanzado «a reputation in this country as an interpreter of the Spanish people» y firmado sus colaboraciones en la BBC con el significativo seudónimo de *Juan de Castilla* (sinónimo del ciudadano anónimo *Juan Español*)⁴⁸. En todo caso, el mismo año de la repentina muerte de Arturo Barea el día de Nochebuena de 1957, Franciso Ynduráin volvió a pronunciarse críticamente contra los contenidos del manual de *Literatura española contemporánea, 1898-1950*, escrito por el dianense, exiliado en Cuba, Juan Chabás y Martí⁴⁹. Una opinión contrastable con la escrita por María Zambrano cuando, en diciembre de 1975, en su memoria-homenaje del antiguo escritor ultraísta y «juanramoniano» recordó que:

45 YNDURÁIN (1953a), pág. 73, y (1953b); BAREA (2007); MONFERRER (2008), págs. 317-331.

46 YNDURÁIN (1953a), págs. 74, 75 y 79; ARANGUREN (1953), pág. 152, nota 61.

47 YNDURÁIN (1953b), págs. 20-21; MAINER (2003), pág. 42.

48 MONFERRER (2008), pág. 321; EAUDE (2001), págs. 207-209 y 225-236.

49 CHABÁS (2001 [1952]).

Publicó, como se sabe, en La Habana, una *Historia de la literatura española*, en conexión sin duda con la actividad de profesor de la Universidad de Oriente-Santiago, donde fue a ejercer desde su fundación. Las referencias que corrían y su permanencia en esta actividad decían de su cumplir como profesor en todos los sentidos, sin sectarismo. [...]

Y ahora caigo en la cuenta de que, en los tres períodos en el que lo vi, el de la recién llegada República, el de la guerra civil y el del destierro, aparecía siempre como sumido en una grande paz. Sin el más leve resentimiento, sin tan ni siquiera nostalgia, vivía el presente sin expectación de un futuro⁵⁰.

Por aquel entonces, todavía faltaba un lustro para que se levantara el veto sobre la narrativa de los desterrados por las editoriales peninsulares. Y al lado de unos pocos atisbos precursores, en 1963, la aparición del libro pionero de José Ramón Marra-López, *Narrativa española fuera de España*, ejemplifica la lentitud de los procesos del cambio cultural y los equilibrios de culpas que necesariamente debieron utilizar los estudiosos que pretendieron terminar con el «espíritu de revancha». Escrito por un joven investigador que había sido encarcelado por fundar y militar en la ilegal Agrupación Socialista Universitaria, el libro «supuso el primer (y, hasta la fecha, casi el único)» intento de analizar de forma sistemática la obra de los escritores exiliados bajo la premisa de la condición compartida de expatriados. Pero ilustra, también, sobre los déficits de los acercamientos realizados desde el interior, de las cautelas intelectuales y las dificultades que tuvieron «los recordadores» para superar las inferencias apriorísticas asentadas por la crítica y la historiografía franquista⁵¹.

No sorprende, pues, que superados los quince años del estrepitoso desencuentro de Luis Cernuda con Leopoldo Panero en Londres, en 1947, la sensación general fuera la de la perpetuación del abismo sentimental y la insalvable división política generacional entre los intelectuales republicanos que habían participado en la guerra y los «vencedores. Caínes sempiternos»⁵². En ese sentido, los recuerdos de Francisco Ayala de su reunión en Madrid con Melchor Fernández Almagro, quien «había sido uno de mis mejores amigos y el más antiguo» y era, a la vez, un monárquico de corazón (después de haber sido maurista y falangista) y un académico historiador del régimen (experto en la historia política de la crisis del liberalismo), se suman a los numerosos testimonios sobre la vigencia de la glaciación franquista, del odio al «rojo» y la marginación temerosa de los réprobos «que dejaron de ser españoles»⁵³.

50 ZAMBRANO (2014), pág. 571; TORRE (2002 [1925]), pág. 59 y 343; PÉREZ BAZO (2001).

51 MARRA-LÓPEZ (1963); LARRAZ (2009), págs. 174-179 y 229-249, y (2011), pág. 70.

52 CERNUDA (1993), pág. 310; MARTÍNEZ NADAL (1983), págs. 172-181; MONFERRER (2008), págs. 185-187.

53 AYALA (2011), págs. 502-503.

Por lo demás, el 23 de agosto de 1969, el viejo republicano socialista Max Aub (había caracterizado a Fernández Almagro en el personaje de Melchor Pinillos en *La vuelta: 1964*), volvió a España con el pretexto de acopiar materiales para el libro encargado por la editorial Aguilar sobre Buñuel⁵⁴. Dos años después, el viaje quedó consignado en *La gallina ciega*, elseudodiario angustiosamente pesimista donde, entre otras muchas comparaciones negativas con el país que había dejado para llegar a México, criticó amargamente las conductas claudicantes («suyos el olvido y el reino de la mentira») y la «tranquilidad con que se lo tomaban todo ciertos intelectuales» del franquismo⁵⁵. Sintiéndose portador de la honradez y la decencia en tanto tributo de la cultura nacional republicana (inexistente, a su juicio, en la España franquista), considerará que el régimen había significado el ascenso de los «ilustres mediocres del oso y del madroño», responsables de la miseria moral, de la medianía intelectual, de la despolitización y de la vacuidad («Ni una palabra contra el régimen, ni una a favor. No callan por callar sino porque no tiene nada que decir»)⁵⁶.

Por entonces, Guy Hermet, un hispanista de relieve que seguía con atención las transformaciones en la «opinión» de los españoles, explicaba a los lectores franceses que:

Les Espagnols ayant connu la guerre civile en tan qu'adultes avaient déjà près de quarante ans en 1956, et en ont aujourd'hui, cinquante-cinq au moins. Parmi ceux qui ont appartenu au camp nationaliste, la crainte des «rouges» et la fidélité à Franco sont demeurées à peu près entières: de même les sentiments inverses chez les anciens combattants ou sympathisants républicains⁵⁷.

LAS ESPAÑAS DEL DESTIERRO: ENIGMAS, SECRETOS Y REALIDAD HISTÓRICA DE LA CULTURA NACIONAL ESPAÑOLA

Por las mismas fechas en que el cosmopolita cineasta de Calanda aseguraba a su biógrafo en uno de sus últimos encuentros en el famoso restaurante El Parador de México que «Yo tengo una atracción fatal por España»⁵⁸, en Francia, Manuel Tuñón de Lara había redactado un estudio «ideológico» sobre la cultura española desde 1885 a 1936. El profesor de Historia y Literatura españolas

54 AUB (1995 [1971]), págs. 105-106; AZNAR SOLER (1995), págs. 8-9; AUB y TUÑÓN (2003), págs. 366-367.

55 BLANCO AGUINAGA (2011), pág. 87.

56 AUB (1995 [1971]), págs. 379 y 189.

57 HERMET (1970), pág. 9, citado por DUARTE (2009), pág. 357.

58 AUB (1995), pág. 109.

de la Universidad de Pau apuntaba en el texto las fuertes implicaciones políticas de la gran mayoría de los escritores públicos e intelectuales de la época (desde Galdós y Clarín hasta Ortega y Azaña, pasando por Joaquín Costa, Núñez de Arenas o Díaz del Moral). Y en sus páginas finales incluyó unos breves párrafos, escritos «al alimón» con su amigo Max Aub, para confirmar que «la novela es *histórica* por definición»⁵⁹. A la recíproca, el novelista español y ciudadano mexicano, conocedor de la historiografía francesa por sus trabajos de traductor en Fondo de Cultura Económica, utilizó una cita de Manuel Tuñón para explicar que los intelectuales de la «generación del 27» (así llamada «por capricho gongorina y ortegatizante»), estuvo formada «casi exclusivamente por hijos de burgueses y de residuos de la aristocracia»⁶⁰.

Pese a haber nacido, uno en junio de 1903 en París y, el otro, en septiembre de 1915 en Madrid, ambos narradores se reconocían como miembros de una misma generación («en todos los sentidos de la palabra»): la de la Guerra Civil, puesto «que, al fin y al cabo, fue la que nos clavó en el lugar en que estamos»⁶¹. Pero no solo eso. Guardando fidelidad a sus condiciones de escritor e historiador marcados por las tormentas del exilio, además de otros paralelismos (como pudo ser su fuerte compromiso político, socialista el primero y comunista el segundo), compartieron por igual «la misma pasión por España que les llevó a indagar las razones y causas últimas de la tragedia de España»⁶². De ese modo, frente a las nostalgias de la memoria y el pesimismo de la razón que les provocaban sus experiencias en *El laberinto español*, los dos se negaron a renunciar del todo al optimismo de la voluntad. Y entre otros relatos del pasado hispano cuyo protagonista principal era el pueblo («¿Qué importan los Enriques, los Felipes o los Carlos?»), se decidieron a escribir la historia de la cultura nacional liberal cuyos campos había sembrado de sangre el ángel exterminador de la guerra de España⁶³.

Para bien o para mal, Max Aub y Manuel Tuñón participaban de las actitudes y pasiones de la llamada *inteligencia peregrina* que, explícitamente o no, creían en el entronque matricial de las culturas políticas de su siglo con la «gran tradición de la España liberal», representada por la República. En diciembre de 1936 se habían conocido en París, adonde Tuñón había viajado como dirigente estudiantil de las Juventudes Socialistas Españolas para parti-

59 TUÑÓN DE LARA (1977 [1970]), págs. 254-255; AUB y TUÑÓN (2003), págs. 421-422 y 430.

60 AUB (2013 [1985]), pág. 316.

61 AZNAR SOLER (2003), pág. 69.

62 CAUDET (2003), pág. 27.

63 AUB (1986), pág. 128, reproducida por MAURICE (2003), pág. 1.

cipar en la Conferencia Mundial de ayuda a la juventud española⁶⁴. Allí se encontraba el aragonés Buñuel trabajando en labores de propaganda y Max Aub como agregado cultural, reclamado por el embajador Luis Araquistáin⁶⁵. Unos meses después, José Gaos, el antiguo profesor de alemán del Instituto de Idiomas de Valencia, rector de la Universidad Central y, ahora, comisario general de la Exposición Internacional de París, le nombró, junto a José Bergamín, comisario adjunto del Pabellón Español diseñado por Luis Lacasa y José Luis Sert⁶⁶. Acompañado de los dos arquitectos, Louis Aragon y Bergamín, Max Aub formó parte de la delegación oficial que visitó a Picasso (acababa de realizar los dos grabados, *Sueño y mentira de Franco*)⁶⁷ para pedirle la realización de una pintura mural que sería expuesta en la entrada del edificio. El 28 de mayo de 1937, firmó el acuerdo con el artista malagueño para que pintara el *Guernica* (la obra monocroma que, con *El Osario* de 1945 y la *Masacre de Corea* de 1951, se convertirían en el símbolo de los horrores de las guerras del siglo XX)⁶⁸. Y porque en las tramas de la historia todo parece entrelazarse, importa recordar aquí que fue el filósofo José Gaos quien acuñó la palabra *transterrado* para manifestar que, aun dentro del exilio, no había extrañeza ni distancia en el sentimiento que los españoles experimentaban por México, algo así como «una España fuera de España»⁶⁹. Más adelante, el discípulo aventajado de Ortega y Gasset, además de denunciar a los vacilantes e impacientes «liberales» que, en apenas dos años, abandonaron el régimen republicano y pasaron de las musas al teatro buscando su acomodo en el franquismo (como su propio maestro o Marañón), expresó la inquebrantable convicción *nacional y liberal* de su posición política⁷⁰.

Herencia recibida de los maestros consagrados del destierro, la necesidad de explicar y/o descubrir la pluralidad de la «verdadera España» marcó las trayectorias de las «varias capas superpuestas» de intelectuales expatriados, prácticamente, hasta los años de los retornos durante la transición y el ocaso de sus días. De hecho, cubiertas sus frentes con la nube de aquellas melancolías, de las que decía Larra, que «solo un liberal español en estas circunstancias

64 DE LA GRANJA (1994) y (1997), pág. 347.

65 BUÑUEL (1992), págs. 192-203; TUSELL (1983), pág. 28; MALGAT (2007), págs. 58-61.

66 ALIX TRUEBA (1987).

67 BOZAL (2013), I, pág. 239.

68 AZNAR SOLER (2003), págs. 28-29; CALVO SERRALLER (2013), págs. 146-148 y 158-166; BOZAL (2013), II, págs. 105-114.

69 ABELLÁN (2001a), pág. 10, (2001b), págs. 127-143, y (2001c); MONCLÚS (1989), pág. 276; FLORES MANCILLA (2003); SERRANO MIGALLÓN (2010), pág. 119.

70 GAOS (2001), págs. 71-72.

puede formar una idea aproximada», las angustias por la supervivencia del *alma española* (en su constante diálogo con sus inseparables *almas regionales*), siguieron actuando como un referente sentimental y patriótico entre ellos⁷¹. En su particular *vanidad de vanidades* vital, estos personajes que se negaron la posibilidad de «superar el pasado» porque nunca renunciaron a su verdad, pues «un intelectual es una persona para quien los problemas políticos son problemas morales», constituyeron una pequeña élite de calidad que hicieron «de España, de la guerra civil y del exilio mismo, asunto principal y casi único de su creación literaria», de sus pensamientos y de sus obras⁷². Y aunque, como advirtió Voltaire acerca de este tipo de relatos en los que con «el tiempo aumenta la fábula y la verdad se pierde»⁷³, de manera apasionada transmitieron su verdad a la segunda generación de intelectuales del exilio y a sus hijos («he vivido desde la infancia con “España en el corazón” y con la referencia de la guerra del 36-39 siempre presente a través de las vivencias y de la influencia directa de mi padre», explicó Jean-Louis Guereña). Luego, lo hicieron a sus círculos de amistades, a sus discípulos y a los aprendices de hispanistas que quisieron escucharles («La República y la Guerra Civil —ha contado Clara E. Lida, en un pequeño texto autobiográfico— eran acontecimientos sobre los cuales oía hablar una y otra vez, y me iba resultando más familiar de lo que entonces me daba cuenta»). Y, en último término, continuaron divulgando sus recuerdos en memorias, diálogos y entrevistas, hasta el final de sus días⁷⁴.

Obviamente, hubo renunciadas personales en aquella emigración infinita y políticamente fragmentada. Y cierto es también que las melancolías de muchos se transformaron con el paso de los años en nostalgias insoportables, desencantos políticos y lúcidos fatalismos («Fuera de España lo único que hacemos es irnos muriendo poco a poco», somos «espectadores de la historia, hemos dejado de ser actores», llegó a escribir Luis Araquistáin en una carta a Félix Gordón Ordás y en *Pensamiento español contemporáneo*)⁷⁵. Sin embargo, las sensaciones en los espacios de la cultura siguieron ritmos y *crononimias* diferentes a las de la política⁷⁶. Y eso sucedió porque, desde el principio, además de insertarse en el mercado de trabajo de los diversos países americanos o europeos, un número importante de los catedráticos, editores, historiadores,

71 LARRA (2000), pág. 586; CEREZO (2000).

72 VALERO GANCEDO (2001), pág. 534.

73 VILLEGAS (2009), pág. 309.

74 GUEREÑA (2009), pág. 181; LIDA (2011), pág. 93; GARCÍA (2014), págs. 103-441.

75 Citado por SCHWARZSTEIN (2001), págs. 195-196; FUENTES (2002), págs. 95-232.

76 BACOT, DOUZOU y HONORÉ (2008); FERNÁNDEZ SEBASTIÁN (2013).

artistas, filósofos y escritores españoles forjaron con rapidez redes de relaciones de amistad y discipulazgo. Desarrollando una intensa actividad profesional, renovaron sus esperanzas creativas, docentes e investigadoras y dejaron una profunda huella en la vida intelectual en sus lugares de destino.

Al respecto, recordaré a Claudio Sánchez-Albornoz, que había dedicado a España el primer volumen de su obra sobre los orígenes del feudalismo publicado, en 1942, en su refugio mendocino en la Universidad de Cuyo, «como homenaje a la patria lejana y amada de un desterrado de su solar de Europa con la esperanza de gozarla en días mejores, seguro de haberla servido con devoción y lealtad y decidido a proseguir sirviéndola, así, hasta el postrer momento de su vida»⁷⁷. Ya en Buenos Aires, en julio de 1950, don Claudio confesaba con amargura sus circunstancias vitales («Me ha tocado vivir a contrape-lo») al comienzo de un párrafo repleto de profesiones de fe ideológicas y razones patrióticas: «Soy liberal —escribía a Emilio Sáez, “su hombre” en el medievalismo del interior—, y he asistido al triunfo de las más bárbaras tiranías y a la desaparición del liberalismo, ahogado por el capitalismo, el comunismo, el franquismo...»⁷⁸.

En todo caso, más allá de la disputa contingente con Américo Castro sobre la realidad y el enigma histórico de España, importa recordar aquí que, financiado en un primer momento por la Institución Cultural Española de Buenos Aires (presidida desde abril de 1938 por el comerciante catalán Rafael Vehils) y la Fundación Rockefeller, fundó el Instituto de Historia de España en la Facultad de Filosofía y Letras de la capital argentina⁷⁹. En su seno creó la revista *Cuadernos de Historia de España* y sentó las bases para la institucionalización de una escuela disciplinar de especialistas en la historia medieval española. Compuesta en su mayoría por «investigadoras de planta, que a más de sus trabajos específicos habían tomado a su cargo el muy absorbente de cuidar y mimar a don Claudio»⁸⁰, los estudios del grupo reforzaron las líneas de continuidad directas de la historiografía liberal española de la época de la profesionalización.

En paralelo, la labor de Sánchez-Albornoz sentó cátedra y contribuyó a la formación general de estudiantes de la propia carrera y de otras (entre ellos, alguno de los más prometedores historiadores argentinos de la época como

77 SÁNCHEZ-ALBORNOZ (1942), pág. 7; SCHWARZSTEIN (2001), págs. 117-120.

78 SÁEZ (1997), pág. 281; DOMÍNGUEZ FERNÁNDEZ (2010), pág. 355.

79 LÓPEZ SÁNCHEZ (2013), págs. 66-67.

80 HALPERIN DONGHI (2008), pág. 224.

Delia Isola, Oswaldo Machado, Tulio Halperin o José Luis Romero), al ser sus clases «una iniciación a concepciones y métodos historiográficos nuevos»⁸¹. Y aún más: el magisterio del profesor español que se encontraba en el cenit de su carrera profesional, unido al privilegio político del que gozó como presidente de la Agrupación de Intelectuales Demócratas Españoles, debió ayudar a consolidar la tradición universitaria argentina de incluir la *Historia de España* como asignatura en los planes de estudios de Letras de las Facultades de Filosofía⁸². Y, también, pudo servir de acicate para revitalizar el gusto por la cultura española entre los jóvenes valores de la historiografía del país. No en vano, «si es mío el Arcipreste, la Celestina, el Quijote y la picaresca y Velázquez —explicó José Luis Romero—, ¿cómo no va a ser mía toda esa cultura dentro de la cual España es un enclave? España es Europa, si España es mía, Europa es mía...»⁸³.

El 30 de diciembre de 1952, la *España Republicana* anunciaba la partida hacia Europa de Claudio Sánchez-Albornoz, único representante español invitado a participar en la inauguración de la *Settimane di Studio de Spoleto*⁸⁴. Era la primera vez que volvía al Viejo Continente donde se iba a reencontrar con antiguos discípulos y colegas medievalistas pertenecientes a la corte historiográfica de Franco. Poco después, el prolongado anuncio de su «Anti-Castro» culminó con la aparición de *España, un enigma histórico*. Dedicado «A la República Argentina, para mí, segunda España», se trataba de un gran metarrelato nacional cuya escritura entroncaba con la más pura convicción liberal de los años veinte, tanto en su misma rememoración juvenil de *La España invertebrada* del maestro Ortega como en la reivindicación de la responsabilidad profesional del historiador, que al «examen científico y genético del ayer» añade «su colaboración inteligente a la forja de la conciencia histórica de su país y de su época»⁸⁵.

De manera inmediata, la publicación tuvo efectos académicos entre «las huestes ardientemente movilizadas en su defensa»⁸⁶. Y, también, políticos, pues la prensa republicana de la capital se sumó sin condiciones al homenaje que numerosas representaciones de ciudadanos argentinos y españoles rindieron el 12 de septiembre de 1957 en el Hotel Savoy de la capital federal a aquel historiador de Castilla la Vieja tan perfectamente liberal, humanista y republi-

81 SÁNCHEZ-ALBORNOZ (2012), pág. 221.

82 BARBERO (1994).

83 LUNA (1978), pág. 9, citado por GUGLIELMI (1995), pág. 273; VILLARES (2013).

84 SÁNCHEZ-ALBORNOZ (1954); DUARTE (2009), págs. 267-268.

85 SÁNCHEZ-ALBORNOZ (1956), I, págs. 11 y 65; PEIRÓ (2013a), págs. 262-268.

86 HALPERIN DONGHI (2008), pág. 224; GUGLIELMI (1995), págs. 272 y 279.

cano como conservador y católico. Los periodistas que cubrieron el acto no dudaron en situar al homenajeado en la estela de Azaña, en la línea de los mejores intelectuales de la nación «desde la Dictadura primorriverista». Antes de acabar el año, en noviembre, «Sánchez Albornoz daba un paso más en esta dirección: se hacía cargo de la Delegación oficiosa en la Argentina del Gobierno Republicano español»⁸⁷.

Por descontado, la noticia de la edición de *España, un enigma histórico* recorrió América de punta a punta, llegando hasta los cenáculos romanistas e hispanistas de los Estados Unidos donde trabajaba Américo Castro desde que, el 11 de diciembre de 1940, había sido investido como profesor de Español en la cátedra Emory L. Ford de la Universidad de Princeton. En un avance de su proyecto de vida centrado en la posibilidad de esculpir la materia viviente de la realidad histórica de España, se presentó ante sus nuevos colegas y estudiantes norteamericanos dictando la conferencia «El significado de la civilización hispánica». Una disertación en la que realizó una mirada panorámica a la historia cultural del «alma» y el «*ego* hispánico» dirigida a pavimentar el «camino para un nuevo y fructífero humanismo». Ese mismo año, había incluido en dos números sucesivos de la *Revista de Filología Hispánica*, publicada por el Instituto de Filología que dirigía Amado Alonso en Buenos Aires, un extenso ensayo sobre «Lo hispánico y el erasmismo». En ambos artículos, anticipaba alguna de las ideas acerca de los españoles («de lo que llamó Menéndez y Pelayo sus “enigmas históricos”») que, ocho años más tarde, animaron las páginas de *España en su historia. Cristianos, moros y judíos*, editada por Losada, la empresa convertida en la «tribuna del pensamiento republicano español en Argentina»⁸⁸. Fue su obra maestra, un ensayo metahistórico en el que Américo Castro exponía una apasionada interpretación de la «historia interna» española (acerca de la estructura castiza de España, modelada de manera radicalmente distinta de la de las otras naciones neolatinas). Y eso, desde la premisa escrita en la primera línea del texto de que un «país no es una entidad fija [...]. La tierra y sus límites pueden estar dados por la geografía, pero la historia de un pueblo, la del hombre individuo-social, es algo que va surgiendo y mudándose en vista de las tareas que su vida le ofrece en cada momento»⁸⁹.

Para el filólogo metido a historiador, el código genético de la *cultura nacional española* y de su *nacionalidad* (de la «morada vital» y de la «conciencia de

87 DUARTE (2009), págs. 326-327; CABEZA SÁNCHEZ-ALBORNOZ (1992), págs. 115-117.

88 CASTRO (2004), págs. 25, 27-139 y 141-690; SCHWARZSTEIN (2001), pág. 149.

89 CASTRO (2004), pág. 147.

ipseidad colectiva» del pueblo español, por decirlo con sus palabras y evitar el anacronismo)⁹⁰, se encontraba en la gramática de las experiencias surgidas del entrelazamiento de «tres castas de creyentes» (cristianos, moros y judíos). Pero, especialmente, se apreciaba en la inseguridad que, a partir de la invasión musulmana, proporcionaban los materiales generados por la alternancia de períodos de enfrentamientos y convivencias entre sí. La disconformidad correctora y aspiraciones mitoclastas de Castro con las versiones canónicas del pasado hispano le llevaron a proyectar una reinterpretación alternativa de la experiencia histórica española cuya clave de ver el mundo (y vivir en él) estaba en la continua transformación de las sensibilidades colectivas: ese «vivir desviándose» que hacía de «España, caso único en la historia de un pueblo, tenía conciencia vivísima de que su existir era un hacerse y deshacerse»⁹¹.

Enfrentado tanto a las grandes interpretaciones históricas de tradición liberal (representados por Ramón Menéndez Pidal y Claudio Sánchez-Albornoz) como a las monografías de los romanistas (partidarios del «círculo filológico» y el análisis del *microcosmos* de las obras según el método de Leo Spitzer), de manera inmediata, las discrepancias surgieron de todos los lados del hispanismo internacional. Desde su exigente egotismo, Américo Castro hizo suyo el lema del abate Bayle, «La perfection d'une histoire est d'être désagréable à toutes les sectes» para contestar siempre a todos y cada uno de sus detractores, a los «opinantes» y los aventureros académicos⁹². Un «Quijote de sus convicciones, decidido a destrozar a sus contrarios, todos malandrines por el hecho de no pensar como él —tal como debe ser en cualquier español de buena cepa—», apostillaba Max Aub en el retrato que le realizó a los 84 años⁹³. Y es que, desde 1948, consagró el resto de su larga trayectoria intelectual a repensar los argumentos sobre el peculiar rumbo que, a su juicio, había tomado la historia de España desde el 711 y rebatir con rotundidad la premisa mayor de la historiografía liberal de que «España siempre ha pertenecido a Europa». Enteramente nunca⁹⁴.

En tal sentido, no había pasado un año de su jubilación en la cátedra de Princeton cuando, en 1954, el nuevo *Professor Emeritus* publicó el resultado de su «mejoramiento» de *España en su historia* al dar a la luz, esta vez en la mexicana editorial Porrúa, *La realidad histórica de España* «libro en verdad

90 CASTRO (1959), pág. 11.

91 CASTRO (2004), págs. 153-175, 175, 620 y 617.

92 CASTRO (2002), pág. 182.

93 AUB (1995), pág. 373; MADARIAGA (1974), págs. 363-371.

94 CASTRO (2002), pág. 182.

totalmente nuevo, pero crecido desde idénticos supuestos ideológicos a los de su antecesor»⁹⁵. Con una naturaleza de polemista extremo en cuyo espíritu parecían seguir latiendo los últimos ecos del Noventa y ocho y del regeneracionismo, Américo Castro elevará sus apuestas historiográficas extendiendo los frentes de disputa: primero, con una enmienda a las insuficiencias históricas de Joaquín Costa quien, «tuvo el acierto de simbolizar en un sepulcro lo que debería ser olvidado en cualquier intento de rectificar el modo español de vida». Lo único objetable es que el estorbo no era la tumba del Cid épico, sino la de los Reyes Católicos, concentrada expresión de odios aún muy vivos en la entrada social del siglo XVIII. Segundo, al considerar ficticios y evasivos los juicios acerca del desarrollo de la vida española entre 1815 y 1868 de Jaime Vicens Vives⁹⁶. Tercero, con una propuesta dirigida a «desideologizar» la hermenéutica que siempre rechazó por «inadecuada» de las dos Españas, «una reaccionaria y otra progresista, la última de las cuales, a la postre, es siempre aplastada»⁹⁷. Y, en último lugar, advirtiendo como lo podía haber hecho un indignado profeta de los tiempos de la regeneración que, tras el triunfo del imperialismo castellano en 1494, «la angustia española de los subnacionalismos y los separatismos no tendrá alivio mientras los capítulos de agravios y dicerios no cedan el paso al examen estricto de cómo y por qué fue como fue lo acontecido —las bienandanza y las desdichas—»⁹⁸.

CONTINUIDADES: HISTORIAS DE LOS EXILIOS Y DE LA CULTURA LIBERAL

El 7 de octubre de 1969, Max Aub visitó a Américo Castro en su casa de la capital de España donde sobrevivía a la preterición y el olvido a que lo sometió la cultura oficial franquista cuando regresó⁹⁹. No obstante, los editores extranjeros seguían publicando sus obras y el eco de sus palabras sobre los enigmas de las Españas pervivía entre los estudiantes que tuvieron la fortuna de escucharlo en tantos años de Universidades americanas. En casi tres décadas de docencia, se acostumbraron a la retórica vehemente que revelaba el linaje ininterrumpido de los historiadores institucionistas y del Centro de Estudios Históricos que habían iluminado la cultura liberal española durante el primer

95 CASTRO (2004) pág. 143.

96 CASTRO (2002), págs. 181 y 160-161; VICENS VIVES (2010), págs. 12-13; MARÍN (2010b).

97 MÁRQUEZ VILLANUEVA (2002), pág. 165.

98 CASTRO (2002), pág. 159.

99 AUB (1995), pág. 374.

tercio del siglo XX¹⁰⁰. Y asociadas a la naturaleza de un carácter impetuoso, los afanes del maestro español se constituyeron en objeto de interminable comentario entre los hispanos e hispanófilos, principalmente, de la Universidad de Princeton¹⁰¹.

En ese sentido, en 1971, su colega Vicente Lloréns envió una cordial semblanza de Américo Castro al primer homenaje editorial que le dedicaron un puñado de hispanistas y profesores «liberales y marxistas» de la Universidad española¹⁰². Se conocían desde la época del madrileño Centro de Estudios Históricos y a Castro debía su nombramiento de profesor asociado en el Departamento de Lenguas Románicas de la Princeton University en 1949¹⁰³. El valenciano Lloréns, que era de «temperamento seco e irónico»¹⁰⁴, había compartido con el maestro granadino la pasión por la historia cultural española y, desde siempre, se preocupó de enseñar a sus estudiantes que uno de los «rasgos más propios y lamentables de la historia de España era la discontinuidad, tanto política como cultural de los intentos modernizadores iniciados en el siglo XVIII»¹⁰⁵. En 1954, publicó *Liberales y románticos* en la editorial de El Colegio de México, un libro memorable que tenía mucho de inaugural¹⁰⁶. El mundo social y cultural de los desterrados en Londres fue, a partir de entonces, un tema constante en sus estudios iniciando una tradición y un campo historiográfico sobre «la historia de los exilios culturales españoles, particularmente el de los liberales durante el Romanticismo y el exilio republicano de 1939»¹⁰⁷.

La cuestión estaba en el ambiente y a cubrir la secuencia de destierros se sumaron, casi en paralelo, dos compañeros andaluces de la «Universidad española de Ultramar» que impartían docencia en instituciones americanas: Juan López-Morillas que profesaba en Brown University y, en 1956, dio a la luz *El krausismo español. Perfil de una aventura intelectual*, texto «que definió para siempre el papel de los herederos de K. Ch. F. Krause en la cultura española y los dilemas religioso-políticos que hirvieron entre 1854 y 1880» y continuaron hasta principios de siglo, haciendo especial hincapié en el liberalismo político de los krausistas y el entronque de su pensamiento con la cultura nacional. Y José Fernández Montesinos que, desde el inicio de su etapa de profesor en la

100 LLORÉNS (1981 [1974]), págs. 175-176; LÓPEZ SÁNCHEZ (2006a).

101 SEBOLD (2011), pág. 58.

102 LLORÉNS (1981 [1974]), págs. 163-180; ARANGUREN (1971).

103 AZNAR SOLER y GALIANA CHACÓN (2006), págs. 70-80.

104 SEBOLD (2011), pág. 58.

105 MARICHAL (2010), pág. 404; AZNAR SOLER (2006), págs. 11-14.

106 LLORÉNS (1949), (1954) y (2006).

107 AZNAR SOLER y GALIANA CHACÓN (2006), págs. 69-70.

californiana Berkeley en 1946, comenzó a desarrollar el proyecto «de la reconstrucción de la novela realista española como testimonio de la creación de un género sin cuya lectura jamás podrían entenderse las miserias, las vacilaciones y las luces del XIX patrio», con trabajos que se desplegaron en el tiempo desde 1955 hasta su fallecimiento en 1972¹⁰⁸.

Por eso no nos asombra que el tinerfeño Juan Marichal, joven profesor de estudios hispánicos y literatura contratado por la Universidad de Harvard, añadiera un eslabón dorado a la correa de transmisión de las ideas sobre la continuidad y la legitimidad histórica de la *cultura nacional* al publicar en 1952, *La españolización de España. La edad de oro liberal*. El yerno de Pedro Salinas que antes de trasladarse a los Estados Unidos había sido alumno de Gaos, Altamira, Recasens y Xirau en el famoso edificio de Mascarones de la Universidad de México (y más adelante de Lloréns y Castro durante su doctorado en Princeton), proponía la denominación de «Edad de Oro Liberal» para los años de 1868 a 1936, subrayando el desarrollo cultural del citado período histórico (Rafael Altamira lo calificó de «oasis»). En el folleto, entendía «por liberalismo el “aceptar la diversidad de sentires entre los hombres” y el creer con los hombres del 98 “que cada ser humano debe quedar libre para realizar su individual destino”». Marichal empezaba con una descripción de los componentes de la cultura política liberal (es decir, las «convicciones liberales» que «no son ni las ideas y programas de acción de un partido político» sino «el clima moral de un período histórico»). En un segundo epígrafe, se ocupaba de la época de los «tribunos líricos», de Castelar y la oratoria parlamentaria (1868-1902). Los treinta y cuatro años de 1902 a 1936, caracterizados por «el dominio espiritual de la llamada generación del 98», le ocupaban las últimas páginas. En ellas, ponía en valor la filosofía de vida del grupo en tanto representación de la «*restauración espiritual* de España», para concluir que la «Edad de Oro Liberal» daba «una lección de esperanza a los españoles de las jóvenes generaciones» porque: «Todos ellos eran liberales, posibilites pues una misma creencia les unía: la fe en las Españas posibles»¹⁰⁹.

En 1957, Marichal publicó en Seix Barral, *La voluntad de estilo: teoría e historia del ensayismo hispánico*, un libro de historia de la cultura, como los de su director de tesis Américo Castro¹¹⁰. En adelante, se preocupó por tejer las

108 MAINER (2012), págs. 224-225.

109 MARICHAL (1952), págs. 5-7, 13, 19, 25, 26 y 27; ALTAMIRA (1950), pág. 226; ABAD NEBOT (2009), págs. 28-29.

110 MARICHAL (1955) y (1957); MAINER (2011).

tramas de las continuidades culturales reconociendo el trabajo creador de las dos primeras promociones de intelectuales transterrados que vivieron la guerra y la perdieron: la «generación del 14» (la de Castro) que lo hizo desde el sentimiento de culpabilidad colectiva surgido desde el «ser responsables» (característico del «pensamiento de los naufragos» orteguiano); y la «del 31», representada por el polifacético Francisco Ayala y el filósofo José Ferrater Mora, cuyas experiencias del frente les hizo sentirse «víctimas» de una contienda nacional que concebían como «la manifestación en España de la tragedia europea»¹¹¹. Esta percepción distinta favoreció tanto su crítica hacia los descubrimientos de las realidades históricas de la España de los maestros del exilio como la búsqueda de otras posibilidades de interpretación de la cultura hispánica: bien sobre el presupuesto de que «la enorme catástrofe española había marcado el final de todos los nacionalismos, más o menos ganivetenses», en el caso de Ayala (en 1944, había editado *Razón del mundo*, una colección de ensayos sobre la significación histórica de la cultura española). O bien, con la apuesta por el reconocimiento de la realidad de «“más Españas”, es decir, una pluralidad de poderes y de instituciones cuya diversidad facilitara la convivencia de ideas y personas», en el de Ferrater (autor de *Les formes de la vida catalana* y de «la obra individual más extraordinaria de la cultura transterrada española», el *Diccionario de Filosofía* publicado entre 1941 y 1977)¹¹².

Pero, por encima de todo, Juan Marichal no cesó en sus esfuerzos por desentrañar los secretos de España y trazar las prolongaciones melancólicas de los liberales decimonónicos (de Larra a Unamuno). Y, de ningún modo, rebió en sus propósitos de reconstruir los puentes rotos para rescatar del olvido y restaurar la figura de Manuel Azaña. Y en ese camino, dedicó diez años de su vida a poner a punto las *Obras Completas* del último de los grandes políticos-intelectuales de la cultura liberal española¹¹³. El cuarto volumen, que incluía las *Memorias políticas y de guerra*, que «leerás con el mismo entusiasmo que uno político —informaba Max Aub a Tuñón de Lara— y que hará reescribir muchas páginas de la historia de la guerra», despertó la atención de los lectores del exilio atentos a los «huecos» y la «falta de lo robado en Ginebra»¹¹⁴. También en el interior, junto a los censores del Ministerio de Información y Turismo, alentó la curiosidad de unos pocos estudiosos leales a Franco que, en el ejercicio de

111 MARICHAL (1995), págs. 293, 302 y 304, 291-307.

112 *Ibidem*, págs. 293, 302 y 304, 291-307; AYALA (2009), págs. 281-456; FERRATER (1944).

113 AZAÑA (1966-1968); MARICHAL (2011).

114 AUB y TUÑÓN (2003), pág. 471.

sus altos cargos académicos y categorías profesionales, podían permitirse mostrar con intensidad su voluntad «de intentar averiguar el paradero de los cuadernos robados en Ginebra: se trataba de don Jesús Pabón, director de la Academia de la Historia». Claro está que la disposición del influyente catedrático de Historia Contemporánea de Madrid era algo excepcional y su audiencia con el oráculo de El Pardo no proporcionó ninguna aclaración. Antes bien, la enigmática respuesta del anciano dictador sirvió para generar interrogantes de todo tipo en el comedido Pabón¹¹⁵.

La España de finales de los sesenta seguía siendo un país extraño para la *cultura nacional española*. Una dictadura nacionalista con una *cultura de la nación* excluyente donde Francisco Giner de los Ríos y Julián Sanz del Río seguían siendo «subversivos». Y un lugar de frontera en el que la recepción de las obras del exilio (que podía ser intensa, polémica e incluso respetuosa en reducidos ambientes culturales y centros académicos), sufría los rigores de la censura y se veía limitada a las formas del «contrabando cultural» y los circuitos de la literatura «clandestina». Los libros no podían venderse abiertamente —advirtió López-Morillas en la nota a la segunda edición de *El krausismo español*—, y eran objeto «de tráfico clandestino por parte de los españoles que salían al extranjero o de extranjeros que entraban en la Península. Se hicieron copias de varios capítulos —he visto algunas de ellas, manuscritas— que pasaban de mano en mano, especialmente entre estudiantes universitarios»¹¹⁶. De todos modos, resulta innegable que los componentes de la *cultura nacional española* comenzaron a circular en el interior casi por ósmosis, consumidos con avidez por las nuevas oleadas de estudiantes antifranquistas y las aspiraciones a la modernidad de los intelectuales y los profesores disidentes, algunos con carreras desarrolladas en una emigración que, en ciertos casos, también tuvieron mucho de destierro (Emilio Lledó, Juan José Carreras, Joaquín Romero Maura, Ignacio Soldevila, Javier Herrero, Nicolás Sánchez-Albornoz, etc.)¹¹⁷.

El 2 de diciembre de 1969, Paco Ibáñez cantó a la *España de hoy y de siempre* en el Olympia de París. Y, pocos meses después, Tuñón de Lara contaba a su correspondiente mexicano el coloquio de historiadores franceses y españoles celebrado en Pau (que «se me ocurrió organizar; salió bien») y abría el camino para la recuperación en libertad de la historia de la España contemporánea¹¹⁸.

115 MARICHAL (2011), págs. 189-190; JULIÁ (1997a).

116 LÓPEZ-MORILLAS (1980 [1956]), pág. 7.

117 MAINER (2011), pág. 225; JULIÁ (2004), págs. 409-462; PEIRÓ (2013a), págs. 73-92.

118 AUB y TUÑÓN (2003), pág. 457.

Enfermo de gravedad, Max Aub regresó brevemente a España en 1972 para despedirse de algunos viejos amigos. El 17 de junio estaba en París donde vio por última vez a Malraux y a Luis Buñuel. Murió el 22 de julio en México, sin terminar la novela de vida de su amigo surrealista, ni poder ver que en su lejano país, el miedo estaba consumiendo sus últimos veranos¹¹⁹. Para entonces, la *cultura nacional española* estaba experimentando un proceso de aceleración imparable que la llevaría a nutrir de pensamientos, valores y experiencias las culturas políticas democráticas del antifranquismo y la Transición.

119 SOLDEVILA DURANTE (2003), págs. 48-49; MAINER (1998).